

En torno al concepto de «amenaza soviética»

MANUEL COMA*

CUANDO se habla de amenaza en sentido político militar nos estamos refiriendo a la resultante de la combinación de tres elementos: el balance de capacidades militares, las doctrinas de uso y las intenciones. Si se trata de «amenaza soviética», el tema tiene vida propia y desde varios puntos de vista. Es una de las grandes cuestiones en la batalla propagandística entre bloques e ideologías y está impregnada de mitología tanto a favor como en contra. También tiene entidad propia en la más seria literatura política e internacionalista y en los estudios estratégicos con mayor pretensión de objetividad. Se halla, además, en el centro del debate sobre la defensa de Occidente y la seguridad internacional en todas sus facetas: en la discusión fría y en la polémica apasionada, en los estudios que aspiran a la objetividad y en los escritos que defienden cerradamente posiciones partidistas. Es tema central porque la magnitud y la naturaleza del esfuerzo defensivo occidental es una mera respuesta a la magnitud y naturaleza de la «amenaza» soviética. Los errores en la evaluación de la misma serán siempre muy costosos en términos económicos, por lo que suponen de dilapidación de cuantiosos recursos escasos, y pueden también tener un alto precio internacional, por cuanto contribuyan a crear tensiones infundadas o detentes ilusorias. Por último, resultan siempre peligrosos en la medida en que propicien una respuesta inadecuada a la amenaza.

Por todas estas razones el tema es recurrente y requiere continuas revisiones. Pero si el debate sobre las relaciones Este-Oeste y las necesidades de la defensa se aleja del círculo de los profesionales y tiene lugar en la arena de la opinión pública, entonces la cuestión de la amenaza adquiere perfiles obsesivos y de tema central pasa a ser piedra de toque desde la que todo se juzga y que todo lo decide. En el fondo casi siempre y no pocas veces también en la más visible superficie, este debate público se reduce a la cuestión, sentenciada de antemano por medio de la magia ideológica, de si la amenaza existe o si es el producto de mentes paranoicas o de turbios propósitos.

PERCEPCIONES

En Europa occidental y en Estados Unidos existió un amplio consenso desde finales de la Segunda Guerra Mundial y hasta fechas bastante recientes, acerca de la entidad de esa amenaza y la perentoria urgencia de darle una respuesta. Esa idea compartida todo a lo largo del espectro político democrático constituyó la base de la política exterior y de defensa de esos países y es el cimiento

* Vigo. Profesor de Historia Contemporánea de la UNED.

mismo sobre el que surgió la Alianza Atlántica. Es más, esa convicción profundamente sentida fue un elemento esencial de la identidad democrática de esos países y contribuyó poderosamente a la percepción de un destino común para todos ellos. Los valores de la civilización democrática se sentían amenazados y una espontánea muestra de la adhesión a los mismos residía en la disposición a adoptar las medidas internacionales requeridas para coordinar el esfuerzo necesario para preservarlos frente a la amenaza externa.

Por razones históricas complejas en las que no cabe entrar, esa decisiva experiencia fue ajena a nuestro país. Tienen, por supuesto, mucho que ver con la anomalía europea que supuso el franquismo, pero también se remontan mucho más tras, a otras peculiaridades de nuestra historia contemporánea (véase, en este mismo número, el artículo del prof. Florentino Portero). El resultado es que en España la cuestión de la amenaza soviética quedó desacreditada como un típico tema de la propaganda franquista, con el que se pretendía legitimar y perpetuar el régimen. Al revés que en Europa, llegó a constituir un elemento de la identidad ideológica de las posiciones antidemocráticas. La magnitud del servicio que Franco, en tácita, postuma y antagónica colaboración con la izquierda, ha llegado a prestar a la propaganda soviética, quedó puesta de relieve en los rocambolescos planteamientos del referéndum sobre la permanencia en la OTAN, en el que el tema que constituye la razón de ser de una Alianza defensiva, la percepción de una amenaza común, era un tabú de tal calibre que hasta para sus más firmes creyentes estaba absolutamente vedada la más leve alusión, al mismo.

En los últimos años, sin embargo, se ha producido un acercamiento de las posiciones europeas a las españolas, la percepción de la amenaza se ha debilitado o ha desaparecido en algunos sectores importantes, que, con todo, no llegan a ser mayoritarios. Es curioso que esta evolución se produzca en el momento en que el aparato militar soviético alcanza la cumbre de su poderío y adopta estrategias ofensivas en el frente europeo. En todo caso esa sincronía indica hasta qué punto las causas del fenómeno son ajenas a un sobrio estudio del balance de fuerzas y las doctrinas de uso. Podrían, sí, sin embargo, tener mucho que ver con una oscura y fatalista percepción de los peligros que encierra tal situación. Si se intuye o teme obscuramente que no poseemos medios razonables para hacer frente a ese poderío, una vía psicológica de escape será negar su carácter hostil y plegarse al mismo eliminando; todos los elementos de nuestra postura defensiva que ese poder militar denuncie como provocativos o simplemente molestos. Llamarle a esto finlandización contiene un elemento de injusticia hacia los finlandeses, pues si bien ambas actitudes tienen en común una política de acomodación, el punto de partida de los finlandeses es, junto a la convicción de su impotencia, una nítida percepción de la realidad de la amenaza, no su negación o enmascaramiento.

De hecho, entre los grandes fenómenos que hay que tener en cuenta a la hora de buscar explicaciones a ese cambio en las actitu-

**AMENAZA
DESACREDITADA
EN ESPAÑA**

**SE DEBILITA
EN EUROPA EL
SENTIMIENTO
DE AMENAZA**

des europeas[^] destaca por su importancia el deterioro de la disuasión extendida y la correspondiente quiebra de confianza en la misma. Disuasión extendida es la expresión que los profesionales usan para designar lo que más comúnmente es conocido por paraguas nuclear americano. Todo el dispositivo OTAN se ha basado en la cobertura proporcionada a Europa por las fuerzas nucleares americanas, que constituyen la *última rallo* de la seguridad europea. Diversas medidas adoptadas a lo largo de los años han estado destinadas a mantener la credibilidad de esa extensión, desde el territorio nacional americano hacia los aliados europeos, de las responsabilidades disuasoras asumidas por las fuerzas estratégicas americanas. Desde el temprano momento, finales de los cincuenta, en que los soviéticos estuvieron en condiciones técnicas de alcanzar el suelo americano con sus misiles portadores de cabezas nucleares, comenzaron las inquietudes europeas. De Gaulle pensó que Estados Unidos no sacrificaría Washington por París y decidió desarrollar su propia defensa nuclear, retirando sus fuerzas armadas de la organización militar conjunta de la Alianza. Las inquietudes se generalizaron cuando los soviéticos, a comienzos de los 70, alcanzaron la paridad con los americanos en fuerzas estratégicas y codificaron esa paridad en los primeros acuerdos SALT (1972). La disuasión extendida era cada vez menos creíble y, en estricta correlación, la amenaza potencial soviética, cada vez menos neutralizada por un adecuado mecanismo disuasor, adquiría mayor verosimilitud. En esas condiciones, negar la existencia de la amenaza apelando a la benevolencia de las intenciones que se encuentran tras los elementos materiales de fuerza, puede parecer una curiosa reacción desde un punto de vista lógico, pero puede tener su explicación psicológica como hemos visto más arriba.

Otro elemento que explica esos cambios en la percepción pública de la amenaza consiste, simplemente, en la no materialización de la misma durante ya más de cuarenta años. En tiempos de bonanza llega a perderse el sentido trágico de la historia. La paz, como la estabilidad social, llega a tomarse como un don natural, no como el producto de delicados equilibrios por cuya preservación hay que estar esforzándose continuamente. Esto es especialmente válido, claro está, para la generación de los que nacieron y han vivido siempre en condiciones de paz. [^]

LA PAZ COMO DON NATURAL

El resultado tanto de este factor tranquilizante como de aquellos inconfesados temores puede ser el mismo, aunque no necesariamente actúe sobre los mismos sectores de población. Con todo, si el grado de adhesión a la Alianza Atlántica y del rechazo del desarme unilateral se puede tomar como un índice de la percepción de amenaza, debemos concluir que ésta presenta todavía un carácter mayoritario en Europa occidental. Las elecciones danesas en la pasada primavera, así como los cambios de actitud respecto al unilateralismo de Neil Kinnock, así lo atestiguan. Claro está que la amenaza, como la fuerza militar que la encarna, tiene varias dimensiones y la más apocalíptica, la amenaza de guerra, es la menos probable. Existe otra de carácter mucho más inmediatamente político, la de presión o coacción tácita sobre los gobiernos y opiniones públicas europeas, que podría llegar a condicionar

todas las decisiones y actitudes de los países concernidos. La mera existencia de la OTAN tiene un gran valor para neutralizar esta otra forma de amenaza, pero su análisis no es el objeto de este artículo.

En este contexto, nos proponemos solamente trazar un somero estado de la cuestión de aquellos componentes de la amenaza que señalábamos al principio (balance, doctrinas, intenciones). El relativo consenso que sobre ellos existió en los años de la guerra fría se ha quebrado y los más crudos hechos, cuando logran ser reconocidos como tales, son objeto de interpretaciones diametralmente opuestas.

Respecto al balance de fuerzas y más todavía respecto a su significado ha ido emergiendo en los últimos años un acuerdo acerca del valor relativamente bajo del *bean counting*, de la mera contabilidad de efectivos militares, se trate de personal o de equipo. Nadie niega que ése sea el punto de partida, pero ya no es aceptable suponer que los números hablen por sí solos. El manejo mismo de grandes números es problemático. Se trata; siempre de agregados de múltiples cantidades cuya homogeneidad es cuestionable. Como la experiencia de los economistas nos ha enseñado, esos números se pueden agrupar y combinar de diferentes maneras, cada una de las cuales afecta a los resultados. Adoptar una opción u otra puede ser una cuestión metodológica minuciosamente estudiada o puede responder a un *partí pris* con vistas a los resultados apetecidos. Por otro lado, el valor de una fuerza militar en combate depende también de múltiples intangibles independientes del número de hombres o las cantidades de material. En OTAN, ha dicho recientemente el general Galvin, su comandante en Jefe, se han manejado del orden de ciento cincuenta métodos para establecer el balance. La consecuencia de tal febril actividad metodológica consiste en que OTAN no se ha atrevido a publicar su propio balance de fuerzas desde 1984. De entre los que se hacen públicos anualmente es el del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres el que tiene mayor prestigio por calidad y objetividad. En su última edición (1987-88) se ha limitado a ofrecer números en columnas paralelas para OTAN y Pacto de Varsovia y ha renunciado a proporcionar los cocientes que expresan la relación entre dichos números, poniendo el énfasis en la enorme dificultad que supone obtener predicciones sobre el resultado de un conflicto basadas exclusivamente en las relaciones numéricas. Estos comprensibles escrúpulos metodológicos han sido usados en ocasiones como una demostración de que del balance de fuerzas no se deriva una amenaza para Europa Occidental. Pero ésa no es la conclusión del Instituto de Londres. Una cosa es negarse a predecir el resultado de un hipotético ataque del Pacto de Varsovia por las múltiples incertidumbres de que estaría rodeado, y otra muy distinta afirmar que indudablemente ese ataque estaría destinado con seguridad a un fracaso rotundo, y por tanto no tendría sentido para los responsables de su planificación, de donde se deduce, y ahí es a donde se pretende llegar, que nuestro nivel de fuerzas es perfectamente adecuado para la disuasión, o incluso que existen fuerzas superfina para una postura meramente defensiva.

BALANCE

***PREDICCIONES
SOBRE EL
RESULTADO DE
UNA GUERRA EN
EUROPA***

Eso es pasar :de la incertidumbre basada en complejos problemas metodológicos a la absoluta certeza basada en prejuicios ideológicos.

Pero la incertidumbre que se deriva de los análisis rigurosos es en sí misma la fuente de una muy justificada inquietud. Debemos pensar, pero inunca podemos estar seguros, que en las condiciones actuales los planificadores del Pacto de Varsovia vean un exceso de riesgos en la hipótesis de un ataque a Europa Occidental, pero sabemos que todos sus esfuerzos militares están encaminados a lanzar ese ataque si fuera considerado necesario. El sistema defensivo de la OTAN crea un elevado número de riesgos para las Fuerzas del Pacto de Varsovia, lo que representa una disuasión suficiente en condiciones de normalidad internacional, pero es un hecho que en la Alianza no se confía, e incluso por parte europea no se ha pretendido nunca, en ser capaz de frustrar un tal ataque con fuerzas convencionales. Si una grave crisis internacional coincidiese con un fuerte deterioro de la credibilidad de los medios nucleares de la Alianza, no se puede descartar que las autoridades soviéticas considerasen asumibles los riesgos de una ofensiva convencional en Europa. Las percepciones pueden ser diferentes, pero, en principio, si Occidente no puede tener la seguridad de derrotar una tal ofensiva, difícilmente los soviéticos podrán estar convencidos de que esa ofensiva estaría condenada irremisiblemente al fracaso.

Por lo demás el balance no es estático. Lo importante son las tendencias. En su edición del Military Balance del pasado año (1986-7), el IISS, al tiempo que consideraba poco prudente hacer predicciones sobre el resultado de una guerra en Europa debido a la «presencia en la ecuación de tantos factores desconocidos y no conocibles», advertía que «hay todavía suficiente peligro en las tendencias como para requerir remedios por parte de la Alianza occidental». La relación numérica de fuerzas convencionales terrestres sigue siendo muy favorable para el Pacto de Varsovia en las principales categorías de equipo, mientras que la ventaja tecnológica que favorecía a Occidente se ha ido acortando. En todas las categorías de armamento significativas para montar una ofensiva terrestre tienen cantidades entre el doble y el triple de las que posee la OTAN. Su calidad, por término medio, es muy poco inferior y en algunos casos es igual o superior. En el terreno cualitativo la tendencia es a acortar distancias, al menos mientras la OTAN no se decida a realizar un esfuerzo de explotación de las llamadas tecnologías emergentes. En cuanto a cantidades, no es posible hacer predicciones seguras, puesto que una de las grandes diferencias entre las dos alianzas rivales es que los países del bloque soviético mantienen en estricto secreto sus planes para el desarrollo y adquisición de armamento. Lo único posible, pues, es extrapolar la evolución de los últimos años. El resultado de esa operación hace suponer un crecimiento de las ventajas cuantitativas del bloque soviético. Desde 1973 han aumentado sus fuerzas desplegadas; frente a Europa occidental en un 50 por 100, mientras que las de la OTAN han crecido apenas un 10 por 100. La capacidad potencial de la industria militar soviética, problemas econó-

micos aparte, puede seguir superando a Occidente en la producción de armamentos durante los diez próximos años. El resultado de una contienda convencional puede estar lleno de incertidumbres, pero si el paraguas nuclear americano no es fiable, no hay nada de lo que sentirse tranquilo. En lo que se refiere a niveles de fuerza, tendencias y despliegues la perestroika es inexistente.

Las fuerzas soviéticas desplegadas frente a Europa son respetables en un sentido muy literal, pero la cuestión clave es ¿cómo serían usadas en el caso de que se decidieran a hacerlo? Esta cuestión nos lleva a las doctrinas militares soviéticas, las cuales nos proporcionan una respuesta inequívoca: lo serían de un modo ofensivo desde el inicio mismo del conflicto. En este terreno los analistas de la OTAN afirman igualmente que no han percibido ningún cambio en la era Gorbachov. En realidad, el único cambio que para ellos puede contar es aquel que se traduzca en un cambio de los despliegues, las capacidades y las adquisiciones. Los cambios doctrinales no resultan operacionalmente relevantes hasta que no tienen lugar sus aplicaciones prácticas. Sin embargo, para que esas aplicaciones se lleven a la práctica es necesario que primero se produzca una transformación en la doctrina. A este respecto lo interesante es que se halla en curso en la Unión Soviética un importante debate doctrinal que gira en torno a las consecuencias militares de ciertas declaraciones del máximo nivel. Para situar ese debate en su contexto es necesario hacer algunas aclaraciones.

En el mundo soviético todo lo que se refiere al estudio y la práctica de la guerra está muy claramente definido y jerarquizado. En teoría existe una distinción nítida entre doctrina militar, ciencia militar y arte militar. La doctrina militar tiene un carácter eminentemente político y es fijada al más alto nivel. Determina cuál será la naturaleza de la guerra futura dadas las condiciones políticas existentes y pretende ser tan objetiva como los análisis políticos derivados del marxismo, ciencia de la historia y la sociedad. A partir de esos principios generales se desarrolla el estudio científico de la guerra —ciencia militar— y sus conclusiones para la preparación y desarrollo de la misma son extraídas por el estudio del arte militar, al cual pertenece la estrategia. Los soviéticos han afirmado tradicionalmente que su doctrina militar es defensiva pero su estrategia es ofensiva. En ocasiones se ha podido encontrar otra formulación: la doctrina es de naturaleza defensiva pero de carácter ofensivo. La sutileza resulta excesiva pero lo que se quiere decir es claro: se pretende la defensa de la patria socialista, pero por medios ofensivos. Las posturas estratégicas meramente defensivas han sido concebidas como expresión de debilidad y sólo son admisibles como una forma de ganar tiempo para reunir la fuerza con la que derrotar al enemigo. Se concibe como objetivo de las fuerzas armadas la consecución más completa y rápida posible de esta derrota. En aplicación de esta doctrina, la acumulación de fuerzas en Europa, sus despliegues, entrenamientos y doctrinas operacionales están destinadas a estar en condiciones de poder lanzar un ataque preventivo si se considerase necesario y llevar la

DOCTRINAS

LA GUERRA: CLARIDAD EN EL MUNDO SOVIÉTICO

«LA LÍNEA DE
TULA»

guerra al campo enemigo y derrotarlo en el mínimo lapso de tiempo posible. En otras palabras, invadir Europa. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que llegar a esa situación les parezca una perspectiva halagüeña. Lo que han buscado desde 1945 es tener esa opción abierta y en las condiciones más favorables que puedan lograrse.

La novedad consiste en que Gorbachov en las declaraciones más solemnes, las que fijan doctrina, como el informe al Congreso de Partido, ha empezado a referirse a una defensa no provocativa y al concepto de suficiencia estratégica. Ello entronca con ciertos énfasis en las declaraciones públicas soviéticas desde mediados de los años 70. Lo que podría resultar importante es que en publicaciones militares de consumo puramente interno y del más alto nivel ha comenzado a especularse acerca de las consecuencias doctrinales de tales principios. En Occidente los especialistas discuten sobre el alcance de ese debate. Los más recelosos resaltan los enormes elementos de continuidad y nos ponen en guardia frente a la habilidad de los soviéticos para llevar a cabo campañas de intoxicación. Los isoviéticos han mostrado también una notable capacidad para conciliar declaraciones aparentemente contradictorias, destinando la cara más tranquilizadora al consumo externo y la facies más áspera para la formación doctrinal de sus propios militares. Así, tanto esas declaraciones generales de Gorbachov como las discusiones interpretativas que han suscitado entre los especialistas occidentales, enlazan con lo que los soviólogos han llamado la «línea; de Tula», porque arrancaba de un discurso de Breznev en esa ciudad soviética en enero de 1977. A partir de ese momento las declaraciones públicas soviéticas enfatizaron el carácter defensivo de su doctrina militar, rechazaron la superioridad estratégica como un objetivo de la planificación militar, proclamaron la convicción de que en una guerra nuclear no puede haber vencedores y, por tanto, no puede ser instrumento de ninguna política racional del signo ideológico que sea, y, finalmente, culminaron esta campaña en 1982 con la declaración unilateral de renuncia al primer uso de la fuerza nuclear. Pero cambios militares de carácter práctico no hubo ninguno. Todas las tendencias de la planificación militar en marcha continuaron su curso. De ahí las dificultades de interpretación. Pero en un análisis minucioso las contradicciones tendían a evaporarse. Aceptaban la disuasión nuclear como un hecho. La reciprocidad de la misma les parecía un gran logro socialista respecto a los tiempos en que sólo los americanos estaban en condiciones de disuadirlos a ellos.. Pero nunca dijeron que la reciprocidad les pareciese en sí misma una situación deseable, como proclamaban en Estados Unidos los partidarios de la doctrina MAD (Destrucción Mutua Asegurada). Desde comienzos de los 70 la situación de tablas nucleares había llevado a los teóricos militares soviéticos a desacreditar la obra de Sokolovki, el manual *standard* de doctrina militar de los 60, y a poner un nuevo énfasis en lo convencional y en definitiva a conseguir una flexibilidad estratégica ¡que para la OTAN, con su doctrina oficial de Respuesta Flexible; nunca ha descendido muy allá del limbo de los ideales. En suma, los soviéticos han dado ciertas muestras convincentes de

creer en la disuasión, pero toda su planificación militar y el lado operacional de su doctrina se preocupan por qué hacer cuando la disuasión falle. Los estribillos actuales de suficiencia estratégica y defensa no provocativa, en la medida en que han dado lugar a un debate a puerta cerrada, del que cabe esperar, pero no estar seguro, que no tenga intenciones desinformativas e intoxicadoras, hacen concebir, una vez más, ciertas esperanzas, pero hasta que no se traduzcan en realidades lo prudente es guardar cautelas.

Los soviéticos dicen y repiten hasta la náusea en toda clase de declaraciones ideológicas públicas —con la significativa excepción de las declaraciones diplomáticas, lo que supone la existencia permanente de dos lenguajes igualmente oficiales— tanto orales como escritas, en ruso y traducidas por ellos mismos a todos los idiomas, que los sistemas liberal capitalista, por ellos llamado imperialista, y comunista son inherentemente incompatibles y que su enfrentamiento en una implacable lucha ideológica, política y económica es absolutamente inevitable y proseguirá hasta el total triunfo del comunismo y eliminación del capitalismo. Dicen también que el deber de la Unión Soviética es fomentar en todas partes el desarrollo y la lucha de las fuerzas antiimperialistas. Toda su política exterior, de defensa y de propaganda está orientada a cumplir esa obligación, lo que proclaman como un timbre de gloria. En los congresos del PCUS hacen balance público de lo logrado en ese sentido desde la anterior reunión y revisan la estrategia global e innovan las tácticas destinadas a alcanzar el mismo fin inmutable y públicamente proclamado desde Lenin hasta nuestros días. La vuelta de Gorbachov a las fuentes leninistas lógicamente debe querer decir que los objetivos permanentes del Estado soviético experimentan un rejuvenecimiento y no un abandono.

También dicen que ese enfrentamiento no debe dar lugar a una guerra nuclear, porque eso podría suponer la destrucción del sistema socialista —aunque también lo fuera del capitalismo— o en todo caso el premio no merece el precio. Gorbachov ha puesto el énfasis en esta cuestión con lo que ha vuelto a los temas de la coexistencia pacífica con otra terminología. En los discursos y en las declaraciones públicas de los líderes soviéticos así como en la prensa oficial, que es absolutamente toda, la agresividad contra las democracias liberales y sus líderes ha bajado un tanto de tono. Con todo, lo que para los soviéticos es caracterización objetiva y aún científica en el sentido más positivista de la palabra, resulta francamente insultante. En cualquier escrito soviético que se ocupe de Estados Unidos en particular y de Occidente en general, se pueden encontrar docenas de expresiones que no desmerecen en nada de aquel malhadado «imperio del mal» que sirvió y sirve por años sin término para crucificar a su autor. El que ahora Gorbachov diga que los dos sistemas deben aprender a vivir sin destruirse mutuamente en una guerra aniquiladora, no implica la creencia en un *modus vivendi* permanente, que no se proclama en ninguna parte. Por definición, una tregua no es el fin de una guerra. Puede servir para recobrar resuello y lanzarse al combate con fuerzas renovadas, pero no se puede descartar totalmente que ponga en marcha una dinámica de paz.

INTENCIONES